



RESPLANDOR Y MISTERIO

❧ Inmaculada de la Fuente ❧

Lo primero que me viene a la cabeza al evocar a Carmen Laforet es su mirada luminosa. La mirada de una joven soñadora que pasea por una playa canaria a finales de los años treinta, a punto de partir a Barcelona. Una herida, el recuerdo de algo triste o lejano, atraviesa de golpe esa mirada. Resplandor y dolor, dos de las notas que concurren a menudo en un verdadero artista: en este caso en una auténtica narradora. Un aura de secreto, una alegría natural que se quebraba en algunos momentos y la reducía a una extraña orfandad, un ansia de fuga. Carmen Laforet apareció en los años cuarenta como una novelista sorprendente, al irrumpir en el mundo literario con *Nada*. No era la primera obra que escribía, pero al ganar el premio Nadal dejó de ser una promesa para convertirse en una escritora con voz propia. En *Nada* el hambre de la posguerra se masticaba, era algo táctil, como la desesperanza de Román, ese desdénoso tío de Andrea que define su vida familiar como “un barco que se hunde”. Desde entonces, la novelista mantuvo sobre sus espaldas un halo de expectación conforme proseguía su labor de narradora. Su alejamiento de los medios alimentó una aureola de leyenda y de ambigüedades tejidas en torno a sus silencios que la definían y a la vez la desdibujaban. Su obra posterior siguió siendo su mejor reflejo, pero se fundía en ocasiones con fases de ensimismamiento y hasta de abandono de la vida social.

231

Era una herida difícil de definir: quizá fue el sentimiento de orfandad que le sobrevino al perder a su madre a los 13 años, acentuado por el posterior matrimonio de su padre con una mujer que más tarde convirtió en un estereotipo femenino en su obra; tal vez fuera la pérdida de la niñez y del paraíso canario en el que creció; o acaso fue ese resplandor que descubrió en Barcelona mientras estudiaba Filosofía y Letras y su posterior reflejo en el espejo que le devolvía su amiga polaca Linka Babecka, hija de una familia de exiliados y ajena a su mundo familiar. Luego quizás esa herida se reabrió al descubrir que los abismos de la escritura pueden ser tan vertiginosos como paralizantes. Laforet nos dejó, sin embargo, un retrato de sí misma en sus cuentos de los años cincuenta (*El veraneo*, *Los recién casados*, *La muerta*, etcétera), o en *La insolación* y *La mujer nueva*, y no sólo en *Nada* y *La isla y los demonios*, donde la utilización del material biográfico por la autora es transparente.

Colita

